

Miel y Salmuera: Infección

La calle, convertida en un caldo de cultivo,
bichos que recorren cada esquina del boulevard,
pululan en las rendijas de la acera
cobijados por el oscuro asfalto.

El calor abrasador domina las tardes.
Cada mañana la cuadrilla pasa y desinfecta.
Nada ocurre, gotas caen al pronunciar sus nombres,
lo impregnan todo,
pero no logran vencer la asepsia del bolsillo,
tan insoportablemente vacío.

Los especímenes caminan,
de uno a uno se transforman en ejército
de gente persignándose,
autoflagelándose,
inmunizándose del dolor
¿no sabes acaso que la mugre arraigada en el alma no se lava?
es una costra insensible que no sangra por más que intentes
levantarla.

Sálvese quien pueda.
Anaqueles vacíos.
Monedas que vuelan.
La culpa es nuestra,
nuestro odio,
nuestra envidia,
nuestras ganas de sobrevivir a costa del otro
multiplican la enfermedad de la que huimos.

De ellos será el reino de los infiernos,
al que es más fácil descender producto del trabajo diario
en esta ciudad aterradora
de cruces centenarias,
de arzobispos y monseñores vestidos de Belcebú
(su traje habitual).

La iglesia es una farsa,
los engendros se cagan en cada sacramento.
Se desviste el cura,
sotana a un lado y el monaguillo del otro,
desnudo a merced de paganas oraciones.

Esperando el funeral me quedo en casa,
tan contaminada de hambre y esperanzas muertas.

En televisión, el gobierno me invita a resguardarme,
me obliga a resguardarme,
me implora resguardarme.

Soy un engendro andante de los que recorren a diario la calle,
de los que te tropiezas en la oficina,
en la cola del cine,
en los baños del bar,
resignado, mirando las vitrinas repletas de cosas in-deseadas.

Somos un montón de monstruos cibernéticos,
embriagados con el semen del frustrado militar.
No hay nada más ardiente que este trago en el que ahogo la orgía
habitual de mi mente
como fantasmas que pululan masturbándose,
desmembrándose,
lacerándose.

En la cuadra de Pentecostés
cumpliremos cuarenta días desde el miércoles de ceniza.
Aún no creo en el bautismo,
no practico la comunión
ni me entrego a la unción de los enfermos,
pero deseo a la mujer del prójimo.

Me declaro pecadora,
habitante de este caótico pueblo
tan apartado de todos,
tan dependiente de todos,
tan execrado por todos.
Un germen fácil de inocular en el torrente sanguíneo,
de absorberse por vías respiratorias,
un producto de laboratorio creado por quienes se venden al mejor
postor,
esos mismos a los que nunca les falta el alimento.

Ana Chávez – anachavez28@yahoo.es